

NACIDO EN
LA BATALLA

FORJADO EN
LA GUERRA

A man in chainmail armor is shown from the chest up, holding a large red shield. The shield features a gold lion rampant and the text 'CORAZÓN DE LEÓN' in a stylized white font. The background is a bright, hazy sky, suggesting a battlefield at dawn or dusk. In the lower corners, other soldiers in armor are visible, some on horseback.

CORAZÓN DE LEÓN

BEN KANE

1179. Enrique II es rey de Inglaterra y su dominio se extiende hasta Gales, Irlanda, Normandía, Bretaña y Aquitania. La casa de los Plantagenet ha logrado hacerse con el poder y gobierna su territorio con mano de hierro. Sin embargo, dentro de la familia las aguas nunca están tranquilas y los rumores de rebelión son constantes.

Ferdia –un noble irlandés que ha caído prisionero durante la conquista de su país– le salva la vida a Ricardo, el hijo del rey, y se convierte en su escudero. Juntos cruzarán el canal de la Mancha y lucharán por reducir los levantamientos rebeldes de Aquitania. Será en esas tierras donde Ricardo, ya un respetado guerrero, se ganará el sobrenombre de Corazón de León.

Pero Enrique, el primogénito, ve con creciente recelo el éxito militar de su hermano Ricardo. Muy pronto resultará evidente que los enemigos más feroces para Corazón de León no están en el campo de batalla, sino entre las personas que más cerca tiene.

Índice

Lista de personajes

Prólogo

Primera parte. 1179

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Segunda parte. 1182-1183

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Tercera parte. 1187-1189

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

Capítulo XXVI

Capítulo XXVII

Capítulo XXVIII

Capítulo XXIX

Capítulo XXX

Capítulo XXXI

Capítulo XXXII

Capítulo XXXIII

Nota del autor

Notas

*Dedicado a Joe Schmidt, extraordinario
entrenador de rugby, con mi respeto más
profundo.*

*A pesar de la decepción de Japón, tú y tu
legado seréis recordados durante mucho
tiempo por los aficionados al rugby irlandeses.
Te deseo la máxima felicidad y éxitos para el
futuro, y si algún día tengo la inmensa suerte de
conocerte, ¡la ronda la pago yo!
(P. D.: No se me ocurre un título de libro más
adecuado que este para dedicarte).*

LISTA DE PERSONAJES

(Los marcados con un * son personajes reales).

Ferdia Ó Catháin/Rufus: noble irlandés del norte de Leinster.

En Striguil:

Robert FitzAldelm: «Puños y Botas», caballero.

Richard de Clare: conde de Pembroke (fallecido).*

Aoife: su viuda.*

Isabelle: la hija de ambos.*

Gilbert: el hijo y heredero de ambos.*

Rhys: niño galés huérfano.

Hugo, Walter, Reginald y Bogo: escuderos.

Gran Mary: lavandera.

FitzWarin: caballero y amigo de Robert FitzAldelm.

Gilbert de Lysle: mensajero del duque Ricardo.

Guy FitzAldelm: caballero y hermano de Robert FitzAldelm.

Casa de Anjou y personajes relacionados:

Enrique II: rey de Inglaterra y Anjou.*

Leonor (Alienor) de Aquitania: su esposa.*

Enrique el Joven: el hijo superviviente de mayor edad de Enrique II.*

Ricardo: duque de Aquitania y segundo hijo de Enrique II.*

Godofredo: conde de Bretaña y tercer hijo de Enrique II.*

Juan Sintierra: hijo menor de Enrique II.*

Matilda*: una de las hijas de Enrique, casada con Heinrich der Löwe,*
antiguo duque de Sajonia y Bavaria.

Alienor, Juvette: doncellas de Matilda.

Beatrice: doncella de la reina Leonor.

Godofredo: hijo ilegítimo y canciller de Enrique II.*

Geoffrey de Brûlon: caballero.*

Maurice de Craon: caballero.*

Hawise de Gloucester: novia del príncipe Juan.*

Casa de Ricardo:

André de Chauvigny: caballero y primo del duque Ricardo.*

John de Beaumont: caballero.

John de Mandeville, Louis, el comadreja de John: escuderos.

Philip: escudero y amigo de Rufus.

Owain ap Gruffydd: caballero galés.

Richard de Drune: hombre de armas inglés.

Casa de Enrique el Joven:

William Marshal: caballero.*

D'Yquebeuf: caballero.*

Thomas de Coulonces: caballero.*

Baldwin de Béthune: caballero.*

Simon de Marisco: caballero.*

Heloise de Kendal: tutelada de William Marshal.*

Joscelin: escudero de William Marshal.

Jean d'Earley: escudero de William Marshal.*

Otros personajes:

Felipe Capeto*: rey de Francia e hijo del rey Luis* (fallecido).

Bertran de Born: trovador.*

Conde Vulgrin Taillefer de Angulema.*

Matilda: su hija.

William y Adémar Taillefer: hermanos de Vulgrin.*

Conde Aimar de Limoges: hermanastro de ambos.

Philippe: conde de Flandes.*

William des Barres: uno de los caballeros de Philippe.*

Conde Raimundo de Tolosa.*

Duque Hugo de Borgoña.*

Peter Seillan: asesor privado del conde Raimundo.*

PRÓLOGO

La historia recuerda a los grandes. A reyes y emperadores, a los papas. Al morir, las personas normales y corrientes como tú y como yo permanecemos en el anonimato. Ningún arzobispo oficia nuestro funeral ni ningún mausoleo magnífico se erige donde reposan nuestros restos. Sin embargo, algunos de nosotros estuvimos allí cuando el destino de los reinos pendía de un hilo, cuando las batallas que parecían perdidas sufrieron un vuelco inesperado. Por mucho que los escribas monacales y los historiadores nos hayan olvidado, ayudamos a los poderosos en su camino hacia la gloria y la fama eterna.

Por muy canoso y encorvado que ahora esté, en mis tiempos empuñé una espada junto a los mejores hombres. Toda la Cristiandad conoce a Ricardo, rey de Inglaterra, duque de Normandía, conde de Bretaña y Anjou, Corazón de León. Unos pocos privilegiados han oído hablar de su caballero Rufus y menos incluso de Ferdia Ó Catháin. No me preocupa lo más mínimo. No serví a Ricardo para obtener riquezas ni fama. Fui uno de sus hombres y todavía lo soy por lealtad hacia él, aunque lleve muerto treinta años, que Dios lo tenga en su gloria.

Se me apaga la vista, los músculos se me debilitan. Disfruté sobremanera enfundado en una cota de malla y montando un caballo de guerra; ahora me conformo con llegar al banco de fuera arrastrando los pies y calentar los huesos al sol. La muerte llamará a mi puerta, si no este invierno, el siguiente. Estaré preparado, pero ruego a los

monjes que me concedan el tiempo necesario para contar mi historia, tal como es, antes de exhalar mi último aliento.

Llegar a la setentena es más de lo que consigue la mayoría de los hombres. He tenido una vida plena. He conocido la dicha exquisita del amor verdadero, a diferencia de muchos. Con el corazón henchido, pude sostener en mis brazos a mis hijos y a mi hija nada más nacer. Tuve compañeros de lucha a quienes me sentí más unido que a mis propios hermanos. El dolor apareció en mi vida en más de una ocasión, al igual que la tragedia; no son sino situaciones que nos envía Dios para ponernos a prueba. Lo único que puede hacer un hombre es cargar con su cruz y seguir adelante.

Dicen que los caminos del Señor son inescrutables y es cierto con respecto al mío. Llegué a Inglaterra procedente de una zona poco conocida de Irlanda y acabé al servicio del mayor guerrero de la época: Ricardo Corazón de León. Juntos asediamos castillos y libramos docenas de batallas. Derramé sangre y maté por Ricardo. No me enorgullece decir que maté por él. Confesé tales pecados, pero, en lo más profundo de mi corazón, no me arrepentí. Que Dios me perdone, pero volvería a matar a esos hombres si tuviera fuerzas suficientes.

Continuaré o, de lo contrario, seguiremos debatiendo acerca de mi alma al atardecer. Estuve presente cuando Ricardo se reunió con su padre Enrique por última vez; presencié su coronación en la abadía de Westminster. Estuve a punto de morir en Chipre por salvar a su reina. En Arsuf, luchamos codo con codo y derrotamos a Saladino; poco después, marchamos casi hasta las puertas de Jerusalén. Cuando traicionaron a Ricardo mientras regresaba de Tierra Santa, el rey y yo compartimos mazmorra. Lo ayudé a reclamar lo que le pertenecía al cerdo de su hermano Juan. Él también está tan muerto como Ricardo y, por la gracia de Dios, ardiendo en el infierno.

Pero me he precipitado y casi he contado el final de la historia antes de empezar. Quizá te haya extrañado, lector, saber que un irlandés sirvió al rey inglés. Demos gracias a los santos por que mi padre muriera sin haberse enterado. ¿Me arrepentí en alguna ocasión? Alguna que otra ocasión, quizá, pero, una vez hecho un voto, es sagrado y el vínculo de la camaradería que se forja durante la guerra es inquebrantable. ¿Tienen sentido mis palabras? Perdona las divagaciones de un anciano.

Remontémonos medio siglo atrás y empecemos la historia por el principio...

PRIMERA PARTE

1179

I

Habían transcurrido diez años desde que el anterior rey de Leinster, el traicionero Diarmait MacMurchada, invitara a los ingleses a Irlanda. Su conquista no fue ni mucho menos total, pero los grises extranjeros, tal como los llamábamos, tenían el control. La prueba de ello no solo era la franja de territorio que dominaban a lo largo de la costa este, sino el vasallaje que muchos reyes provinciales irlandeses ofrecieron a Enrique, el monarca inglés. Cuatro años antes, nuestras esperanzas habían sufrido un duro revés cuando el rey Ruairidh de Connacht también le había prometido lealtad.

Mi padre pertenecía a la baja nobleza del norte de Leinster y, después de que Diarmait se aliara con los ingleses, prometió lealtad a Ruairidh. Furioso por lo que consideró una traición por parte de Ruairidh, mi padre tomó la inconcebible decisión de sumar sus fuerzas a las del rey del Ulster, que había sido nuestro enemigo durante mucho tiempo, pero que seguía sin doblegarse ante los invasores. Fue una decisión precipitada. Cuando el enemigo empezó a causar estragos, el Ulster no respondió a nuestra llamada. Luchamos con valentía, pero nuestras tierras enseguida fueron invadidas.

Me tomaron como rehén para garantizar el buen comportamiento de mi familia y me enviaron a Dublín. Desde allí viajé por mar en una coca maciza hacia el sudeste en dirección a la nubosa costa galesa, salpicada de castillos. Si se llena un territorio de tales fortalezas, pensé ensombrecido, los lugareños, sin lugar adonde ir, se verán obligados a presentar batalla al igual que le había sucedido a mi familia. Reviví en la cabeza la carga de los caballeros in-

gleses: una avalancha imparable que había destrozado a nuestros guerreros de armas ligeras.

Nuestra travesía llegó a su fin al avistar Inglaterra, en el fuerte denominado Striguil. Situado en un despeñadero con vistas al río Wye, era la residencia de la familia De Clare y el mayor castillo que había visto jamás. Poseía una impresionante torre rectangular y estaba rodeado de una empalizada que serpenteaba hasta la cima de la colina. Más allá, a cada lado, excepto el que daba al Wye, descubrí más tarde la existencia de un foso defensivo. No lo manifesté, pero me impresionó. Si aquel era el hogar ancestral de un conde, la torre del homenaje del rey Enrique debía de ser realmente extraordinaria. Pensé que los ingleses no solo eran expertos en luchar, sino que también eran constructores consumados. Volví a temer que los jefes de clan y reyes irlandeses no fueran capaces de retornar a los invasores al mar. Disipé mis temores puesto que parecía que, si me dejaba vencer por la desesperación, mi situación empeoraría sobremanera. En cierto modo, si albergaba esperanzas de derrotar a los ingleses en mi tierra, podría soportar el sufrimiento al que me someterían.

Tenía diecinueve años, era más alto que la mayoría, lucía una buena mata de pelo, era más bien escuálido y poseía la arrogancia típica de la juventud. Aquel día hablé un poco de francés y ni pizca de inglés. Desde que mi padre me entregara al cautiverio con expresión impertérrita, había soportado muchas penurias. Me dolieron sus últimas palabras: «Cede solo si es imprescindible. Haz únicamente lo que estés obligado a hacer», y me negué a obedecer las órdenes. El primer día califiqué al bestia del caballero a cuyo cargo estaba de «perro pulgoso» y añadí que su madre trabajaba en las callejuelas de Dublín. No me planteé las consecuencias. Algunos de los tripulantes eran irlandeses e, intimidados por el caballero, tradujeron mis palabras.

Me llevé una buena paliza por los insultos del primer día y mi actitud tozuda posterior no me granjeó respeto alguno, sino más palizas y raciones miserables. Cuando lo pienso ahora, me sorprende mi comportamiento terco y, todavía más, mi estrechez de miras. Al final de la travesía, los puños y las botas del caballero ya no tenían secretos para mí. Me sentía tan enfurecido y humillado a todas horas que habría sido capaz de empujarlo al mar o algo peor si hubiera tenido un arma a mano. No obstante, a pesar de mi bravuconería juvenil, llegué a ser consciente de que tal acto habría acabado conmigo también en el fondo del mar, por lo que enterré mi odio para otra ocasión, esperando que esta llegara.

—Rufus.

Como todavía no me había acostumbrado al nombre que me había puesto mi captor, pues era incapaz, o más probablemente, pensé con actitud siniestra, reacio a intentar dominar el mío de Ferdia, no presté atención. Tenía la vista clavada en las figuras que estaban de pie en el maledcón de madera situado bajo el castillo. Por lo que parecía, la noticia de nuestra llegada había viajado más rápido que nosotros. No tenía ni idea de quién iba a darnos la bienvenida, pero no iba a ser Richard de Clare, el conde de Pembroke, uno de los nobles más importantes que habían invadido Irlanda. Gracias a Dios estaba muerto. El conde ni siquiera en vida se habría dignado a contemplar la llegada de un cautivo como yo. Ni tampoco su esposa, la condesa Aoife, que residía allí desde su muerte. Era famosa por su belleza y por la noche había conjurado agradables fantasías sobre ella para olvidar lo delgada que era mi manta y lo dura que era la cubierta.

—¡Rufus, cerdo! —Puños y Botas, el apodo que le había puesto a Robert FitzAldelm, el caballero tarugo que estaba a cargo de nuestro grupo, parecía enfadado.

Por fin logró que le prestara atención. Reconocí el «Rufus» y sabía lo que significaba: *cochon*. «Soy de tan alta cu-

na como tú», pensé con desprecio. Todavía me dolían las costillas de su última paliza, pero yo, terco como una mula, mantuve la mirada clavada en el malecón cercano y el pensamiento en Aoife. La hija de Diarmait MacMurchada, rey de Leinster y viuda de Richard de Clare, sería la dueña de mi destino.

—¡Rufus!

No lo oí.

Un estallido de dolor se apoderó de mi cabeza y se me nubló la vista. La fuerza del golpe hizo que me tambaleara y caí encima de uno de los tripulantes. Me apartó soltando un improperio y, con las rodillas flojas, caí en cubierta. Puños y Botas arremetió contra mí con su fuerza característica y siempre con cuidado de no darme en la cara. Era muy artero y en todo momento procuraba que sus superiores no criticaran los castigos que me había infligido desde que zarpáramos de Dublín.

—Areste! —gritó una voz aguda pero llena de autoridad. Una voz infantil.

También sabía el significado de esa palabra: «para».

El corazón me latía con fuerza. No recibí más patadas.

La niña volvió a hablar para soltar una pregunta con expresión airada. No la entendí.

Puños y Botas se apartó todavía más mientras respondía. Habló con tono respetuoso pero huraño. No fui capaz de distinguir las palabras.

Mareado, abrí los ojos y miré de soslayo. Una hilera de clavos de hierro. Huecos en el entarimado. Más abajo, unos cuantos dedos de agua sucia que ocupaban el espacio situado bajo la cubierta. El hedor de los orines —a pesar de las normas impuestas por el capitán, a algunos hombres no les gustaba orinar por encima de la borda— y de la comida podrida. Había movimiento de botas y zapatos; las primeras las calzaban los hombres de armas y los segundos la tripulación de manos encallecidas. Una cuer-